

## UN MEDICO RURAL

De José Ilic Toro

Editorial Andrés Bello, Santiago, 1986.

Hay personas que, afortunadamente, no creen que Santiago es Chile, y deciden liar bártulos e irse a tentar fortuna a alguno de esos lugares provincianos que parecían el último rincón del mundo a los viejos moradores de las calles Ejército, Dieciocho o Vergara.

Entre esas personas se contó y se sigue contando al Dr. José Ilic Toro que —muy jovencito y apenas con algún tiempo de recibido de médico— hizo sus maletas y partió a Villa Alegre, la hermosa tierra del abate Molina. Era una experiencia, claro y casi una aventura que tal vez no duraría mucho: pronto el imán del centralismo podría ejercer su efecto. Se fue, pues, acaso por algunos meses... y se quedó treinta años.

Ahora, en la tranquilidad de un crepúsculo radiante, escribe sus recuerdos: *Memorias de un médico rural* (Editorial Andrés Bello, Stgo., 1986). Con un sueldo de novecientos pesos, más ochocientos como asignación de residencia, fue a encontrar su realidad. "El hospital —entonces sólo Casa de Socorro— era de construcción nueva, sólida y tenía unas quince camas. Había un pabellón de operaciones, y tres piezas que se usaban como pensionado cuando no eran ocupadas por los profesionales residentes".

Ni hablar de equipos radiológicos ni de complicados aparatos auxiliares de la medicina: apenas las cosas y el personal más indispensable, ¡y la propia inexperiencia!

Pero el Dr. Ilic llevaba dentro de sí algo muchísimo más importante que todos los equipos científicos: su propio entusiasmo y una imaginación a toda prueba. Lo suficiente para ser un creador y dejar certeras huellas de su paso. La obra realizada habla por él: un nuevo y moderno hospital, postas de auxilio diseminadas por toda la comarca, una buena dotación profesional. Y, como si no le bastara con ser un excelente director hospitalario, fue regidor, alcalde, animador de un coro polifónico, pacificador de odios políticos, dirigente de casi todas las instituciones locales y uno de los promotores de la idea de trasladar los restos del singular abate a su ciudad natal.

Y, por añadidura, nos deja este hermoso libro memorialista, que formará parte de la "petite histoire" de Chile y su fecundo Valle Central. Cuando uno se mete en las páginas de este libro, es difícil sustraerse a su encanto, a su apacible sentido del humor, a la riqueza humana de cuanto evoca con su prosa, que no por sencilla es menos aguda.

HERNAN POBLETE VARAS

## CRONICA DE GERONIMO DE BIBAR Y LA CONQUISTA DE CHILE.

De Mario Orellana Rodríguez

Editorial Universitaria, 1988.

<https://doi.org/10.29393/At459-30CGHP10030>

Gerónimo de Bibar (así, con b, tal como él escribía su nombre en tiempos sin demasiada preocupación por la ortografía) pasa como un fantasma por la época de la conquista. Se le menciona en documentos, se le cita como testigo en asuntos cabildeanos, se acoge en la crónica algún comentario suyo, pero ¿quién era? Hubo quienes se preguntaron si existió realmente. Y así hasta que apareció el manuscrito de su obra y su largo título: "Crónica y relación copiosa y verdadera hecha de lo que ví por mis ojos y por mis pies anduve y con la voluntad seguí en la conquista de los Reynos de Chile en los años que van desde 1539 hasta 1558". Tal vez otro fantasma, como el propio Bibar, podría uno preguntarse frente a la extensa *Crónica*.

Pero ahí estaban los historiadores.

El análisis del texto y de la escritura, los estudios comparativos y la comprobación documental de época demostraron paso a paso la autenticidad de la obra y —algo todavía más importante— la veracidad de su autor que habla como testigo *de visu* o recurre a testimonios fidedignos. Es muy probable, como sostiene el investigador Mario Orellana, que una de las principales fuentes a que recurrió Bibar fueran las cartas del propio Valdivia, que pudo conocer directamente. Eso en cuanto a lo que no vio por sus ojos ni por sus pies anduvo. En lo demás, es la experiencia personal la que se manifiesta en la voluminosa *Crónica*.

Gerónimo de Bibar no es sólo un testigo curioso que narra sus aventuras acaso con afán memorialista. En muchos aspectos se adelanta en años y en décadas a su tiempo. Es un observador minucioso que registra, con anticipado espíritu de antropólogo, las costumbres de los naturales, su organización política, sus credos y sus ritos; que sabe distinguir entre diferentes pueblos, según sus culturas; que analiza lo que ve y lo anota con precisión.

Algunos importantes episodios de *La Araucana*, de Ercilla, que muchos tuvieron por fruto de la exuberante imaginación poética del último de los épicos —entre ellos nuestro venerado Barros Arana— hallan plena confirmación en la *Crónica* de Bibar: el poeta no inventaba cuando canta a Lautaro, a Fresia y Caupolicán o a otros héroes mapuches tenidos por legendarios. Los acontecimientos están allí, narrados en detalle por el cronista que de este modo sirve de anticipado *aval* a don Alonso.

Todo esto es sorprendente y debemos agradecerle a Mario Orellana este concienzudo estudio que nos aproxima al primero y más auténtico narrador de los tiempos de la Conquista. Orellana sigue los pasos del soldado cronista comenzando por indagar sus posibles orígenes hasta sus tiempos de Chile, donde fue más memorialista que militar, por la gracia de Dios y para firme asentamiento de nuestras fuentes históricas.

Si este breve libro es de interés página por página, su último capítulo —“Conclusiones: reflexiones sobre el contacto aborígen-español (siglo XVI)” — es excelente y esclarecedor. Orellana echa por tierra muchos mitos históricos y étnicos como esos cacareados trescientos años de guerra y el origen hispano-mapuche de la raza chilena, y otras zarandajas con que algunos dómines llenan de patrioteros zumbidos las orejas de nuestros estudiantes. La verdad es siempre más lógica y a menudo más comfortable que la fantasía.

HERNAN POBLETE VARAS

## RUISEÑOR DE LA LUNA

De *Fernando González-Urizar*

Ediciones Logos. Santiago.

El autor de esta obra es un auténtico poeta de larga trayectoria. Ha publicado varios libros, siempre líricos, de jerarquía. Canta emociones profundas, entre metáforas de fácil reducción y una forma hablada. Le dice al ruiseñor: “Cantas la bella rosa? Catarata del río de la luna?”. Después le ordena: “Pide que dure el hoy, la flor perfecta / la tersa juventud inmarcesible”. Y todo ello, porque “duele la soledad, quema la angustia”. “La vida es una cinta sin fin”. Pero la realidad nos asegura que se triza.

Una curiosa transposición inédita, oportuna: “Un tango que yo bailo con tu cuerpo —más bien con el aroma de tu cuerpo— mejor aún, con tu deseo y mi deseo”

Es cierto que “un grano de poesía sazona un siglo”, como dijo José Martí.